

monio irrecusable de que los sostenedores del Estado soviético van descaminados.—A.

## Recuerdos sobre la vida de Lafcadio Hearn

### (Conclusión)

En los últimos años, Hearn, sin haber llegado precisamente a lo que algunas personas llaman chochez, se había identificado con un espíritu infantil, no sabemos si adquirido de la literatura nipona, donde es bien corriente, o si nacido de su propia mentalidad. «Cuando cantaba una canción de niño,— dice la señora Koizumi—, se hubiera dicho que él jamás había conocido los tedios del mundo ni las inquietudes de la vida. Y cuando sentíase feliz, se agitaba su diminuta persona—demasiado pequeña para ser la de un extranjero—y saltaba por el corredor y la verandah, en la punta de los pies.»

Luego el escritor pasaba de los grandes entusiasmos a verdaderas crisis de melancolía. Tenía, por otra parte, la costumbre de tomar todas las cosas en serio. También su esposa dice que era «ridículamente sincero». No podía escuchar tranquilamente una historia de aparecidos sin que

creyera realmente en ella. ¿Se deberá a eso su interés y el apasionamiento que ha puesto al estudiar la poesía «loca» del *Kyoka-Monogatari*, libro donde hay muchos ejemplos de versos sobre fantasmas, «goblin poetry», como él la llamaba? Su exclamación corriente era: *Nambo omishiroi!* (¡Qué interesante es eso!) cuando le narraban algo que le gustara. Y su esposa advirtió que siempre Hearn se ponía mortalmente pálido, en un caso así, y que su ojo único se inmovilizaba.

Frecuentemente aparecían en él momentos de un acentuado infantilismo, especialmente cuando cumplió cincuenta años de edad. No le gustaba asistir al teatro, pues durante todos los años que vivió en el Japón, se dice que asistió a uno de ellos sólo una o dos veces. Pero le gustaba que fuera a las sesiones teatrales su esposa, para que de vuelta le contara muchas historias. Hearn no podía soportar el contacto con la muchedumbre de un teatro japonés; las horas le parecían terriblemente largas. Sin embargo, no quería nunca irse antes de que terminara el espectáculo. Tratóndose de éstos, es curioso anotar que, tal vez por efecto estético, dejó profunda impresión en su espíritu el ver una vez al campeón de lucha japonesa llamado Tani-no-Oto, que visitó la aldea de Matsue,

residencia habitual de Hearn. Según su esposa, el atleta le había parecido «bello y sorprendente». Y cada vez que veía en la calle un hombre corpulento, decía: «¡Mira! ¡Ahí va Tani-no-Oto!»

A Hearn le gustaba mucho viajar, pero escogía siempre los sitios más solitarios, como arriba se ha hecho notar. No fué jamás a Nikko sitio preferido por los turistas extranjeros; hasta detestaba el pensamiento de ir allá. Le gustaba, encambio, Oki, isla solitaria en el mar del Japón, a donde fué durante el verano de 1892. Dijo muchas veces que le hubiera gustado ser guardián del faro de esa isla horrible. Su primer verano en el Japón, en 1891, lo pasó con su grande amigo Nishida, en Kisuki; y al fin de ese verano fué a Hino-Misaki y Yatauhashi, en Hoki.

Tenía verdadera fé en su amigo Nishida. Más tarde, cuando este joven murió, Hearn hizo gran amistad con el profesor Takada, decano de la Universidad de Ushida, a causa de que este último se parecía asombrosamente a su anterior recordado amigo. No faltó ocasión en que Hearn aseguró haber visto el fantasma de su amigo Nishida. Esto no es raro en el Japón, donde los fantasmas conviven con la gente en forma estrecha, por las vivas sugerencias que proporcionan los libros.

Hearn se lanzaba ciertas veces a viajar sin medir las consecuencias inmediatas. Y puso en aprietos más de una vez a su esposa, según se desprende de estos recuerdos de ella misma:

«No puedo olvidar el viaje que hicimos a las colinas de Higo, cuando estábamos todavía en Kumamoto. Ya era de noche cuando nuestros «kurumaya» (conductores de cochecillo) nos hicieron saber que teníamos que andar todavía nueve millas antes de llegar a un sitio habitado. Hacía poco había habido una terrible inundación y estábamos en mitad del otoño. Los diferentes ruidos de los insectos bajo la hierba y los bambúes, aumentaban aún la desolación insoportable de la noche. Yo amargamente lloraba en silencio.

«Cuando llegamos a la aldea de que nos habían hablado nuestros *rikishas*, yo conté en total siete u ocho casas, una de las cuales decían era hotel. Para qué decir que era inexplicablemente grosera, de lo que pude darme cuenta a pesar de la obscuridad. Dos detestables lámparas de «andon» estaban encendidas, y dos o tres *kumosuké* (coolíes que frecuentan los grandes caminos) conversaban en voz baja algo que me pareció muy sospechoso. Una vieja, que yo hubiera tomado por Diabla si hubiera estado leyéndolo en

un cuento antiguo, nos hizo subir en silencio hasta el primer piso.»

En circunstancias semejantes, es de comprender el terror que se había apoderado del impresionable temperamento de la señora Koizumi. Pero Lafcadio Hearn no parecía sentir las mismas impresiones de terror, a causa tal vez de que lo solitario del lugar y de la hora estaban más de acuerdo con su manera de ser.

«Como he dicho—, continúa ella,—la inundación apenas cesaba y el torrente de la montaña caía en tumultuosa cascada. Miles de luciolas aparecían y desaparecían, como fantasmas, en la obscuridad. Varias de ellas volaban en la alcoba, «gesticulando», lo que para mí era mal presagio. ¡Y qué multitud de insectos nocturnos! Nos lastimaban el rostro como granizo. Y varios insectos—campanas (clase especial de insectos japoneses) cantaban debajo de las esteras. Después resonó un ruido de pasos en la escalera, y yo me dije que eran los coolíes que subían con algún siniestro fin. Pero no era sino la vieja con nuestra comida.

—¿Qué insectos son esos?—le pregunté.

—No son sino insectos de verano,—me contestó calmadamente.

Pero esos insectos de verano eran insoportables. Yo pasé la noche temblando. Hearn,

por el contrario, parecía muy satisfecho. Entonces hasta me pareció el hombre más extraño de la tierra.»

En otra ocasión, la pareja se dirigió a pasar el verano en Maizaka, recomendada por un amigo. Pero a Hearn no le gustó el sitio, y decidió volverse inmediatamente. Su esposa logró, no obstante, persuadirlo de que debían pasar la noche allí, y decidieron detenerse en cada aldea que encontraran, a la vuelta, para buscar un sitio a gusto. A Lafcadio Hearn le gustó el sitio donde había vivido el pescador Otokichi, en Yaidzu. ¡Pobre Hearn! Su fantasía nunca estaba de acuerdo en lo más mínimo con la realidad. En aquella casa las esteras estaban llenas de pulgas y el techo era demasiado bajo, según dice su esposa. Y ella estaba segura que ese sitio no habría gustado ni a un estudiante.

Más tarde, Yaidzu, con su casa del pescador Otokichi, se convirtió en el sitio preferido de veraneo para el escritor. Hasta el fin de su vida no dejó de ir un solo año a esa región. En una ocasión, en que su esposa no le acompañaba, le escribió a ésta una de sus pintorescas cartas, a las que siempre acostumbraba dibujar las orlas, los contornos en blanco. Le anunciaba haber hallado una estatua de Jizo, el dios japonés de los niños. En uno de sus entusiasmos

repentinos y sus ímpetus fantásticos, Hearn había proyectado hacer una ofrenda de la estatua encontrada, la cual no tenía cabeza ni brazos. Pensaba obsequiarla al templo de la región. Pero para ello, como le hacía ver su esposa, habría necesitado invitar a toda la aldea a inaugurar la nueva estatua. Entonces, Hearn un poco descorazonado, realizando lo difícil de la empresa, contestó lo siguiente:

*Gomen! Gomen!* (¡Perdón! ¡perdón!) Yo no quería sino proporcionar un poco de alegría. El Jizo de que os he hablado no es el mismo que podríais hallar en los cementerios. Es el Jizo que protege y pacifica los mares. No es una estatua triste. A vos no os ha gustado mi idea. No era sino un pensamiento aturdido de Papá. Pero Jizo Sama ha llorado mucho cuando supo vuestra respuesta. Yo le he dicho: «No puedo hacer nada. Mamá San (la señora mamá) ha dudado de vuestra verdadera naturaleza. Ella os ha tomado por el guardián de los cementerios. Pero yo sé que eres el salvador de los mares y de los marinos». Jizo llora en este momento.

Papá.

*Gomen! Gomen!* ¡Jizo llora lágrimas de piedra!

Por esta deliciosa carta, puede verse hasta qué punto Lafcadio Hearn se había posesionado del espíritu nipón, que vertía en sus cartas y en sus producciones literarias.

Otro rasgo especial del carácter de Hearn era la honradez.

En una ocasión descubrió en Yaidzu un excelente pelu-

quero, a quien le pagaba, por su trabajo cinco veces más de lo que valía. Un día, después de solicitar un servicio de él, mandó con un sirviente cincuenta «sen» para pagar al peluquero. El criado estimó que aún veinte «sen» era un precio elevado por el trabajo hecho, por el cual en general no se pagaba más que diez. Y después de haber dado veinte «sen» al peluquero, que los recibió de mil amores y deshecho en agradecimientos, remitió la plata que le quedaba a su amo, el escritor. Este último se enojó mucho por el acto del sirviente. Y fué inmediatamente en persona, a llevar los treinta «sen» que restaban a su amigo el peluquero. El peluquero, al volver a Tokyo Hearn, le escribió agradeciéndole la bondad con que lo había distinguido durante su estada en Yaidzu. Hearn leía y releía esa carta, haciendo notar que ella era más preciosa para él, que la que le hubiera escrito un ministro. Estimaba mucho la habilidad, diciendo que ella no era nunca retribuida en su justo valor, y su más grande alegría era descubrirla, en cualquiera profesión que ella se ejerciera.

Poco antes de su muerte se notaba en él una extrema sensibilidad. A menudo estaba triste y dispuesto a llorar. Lloraba sollozando cuando su esposa le narraba alguna impre-

sionante leyenda nipona antigua. Y algo de esto sucedía cuando el escritor contaba alguna de sus propias historias, lo que le muestra en una hiperestesia aguda, agravada por la enfermedad y la vejez. Otras veces, como hemos hecho notar en el principio de la segunda parte de estos recuerdos de la señora Hearn, le encontraba ella muy regocijado.

—¡Hay para contentarse, Mama San!—decía. Tengo una idea sorprendente.

Su esposa se contentaba tanto como él. Pero preguntaba:

—Y vuestra última historia, ¿la habéis terminado?

El respondía:

—Es preciso que esa histo-

ria madure un poco más. Tal vez un mes, tal vez un año... tal vez cinco! Yo he guardado un cuento siete años en mi cajón, antes de terminarlo....

«Yo creo que varias historias permanecieron sin terminar, así, en su cajón—o al menos en el cajón de su espíritu,—cuando él abandonó este mundo», agrega finalmente la señora Koizumi, o sea de Lafcadio Hearn, en estas memorias que han sido recogidas por un admirador ferviente del escritor japonizado (aunque era de sangre irlandesa-griega) es decir por Yone Noguchi, y que ha traducido del inglés otro aficionado a cosas japonesas, Marc Logé.—A.